

IGLESIA Y LITERATURA

Ignacio SOLARES

Se me ha pedido que aborde el tema de “Iglesia y literatura” en esta mesa sobre “Los espacios religioso y profano” en “la relación Iglesia-Estado durante el porfiriato y la Revolución Mexicana: connivencia o cisma”. Puesto así, se trata de un tema impresionante que, sin embargo, ha sido poco abordado, por lo menos desde la perspectiva de la historia de la literatura. Sería deseable que historiadores, sociólogos, antropólogos y demás especialistas le hincaran el diente y lo estudiaran con mayor profundidad a la que aspiran estas breves notas que buscan, sobre todo, animar el diálogo.

Desde mi experiencia como escritor, en varias de mis obras he tocado algunas de las aristas de la relación entre la creación literaria y la fe religiosa. Ha sido una preocupación constante y permanente que tengo desde que era muy joven. En *Cartas a un joven sin Dios* (2008) regresé a la gran pregunta de mi vida: cuál es el sentido de la existencia y si existe la trascendencia. En esa interrogante me la he jugado toda mi vida, pero ha resurgido con más fuerza sobre todo en un momento en el que la juventud se encuentra muy perdida, desbalagada, desorientada.

Uno de los dramas que podemos ver hoy con total claridad es que se nos acabaron las utopías, las ilusiones, las esperanzas. En mi juventud siquiera teníamos la esperanza del socialismo: estaban la Revolución Cubana, el Che Guevara, eran agarraderas; había un camino para decir: sí, por lo menos, no existe Dios, podemos luchar por el hombre mismo. Lamentablemente en la actualidad impera la desazón.

El signo de nuestros tiempos es la desilusión. Se nos acabó todo. La política se ha convertido en el más grande horror. Cada vez nos alejamos más de ella. Los jóvenes están llenos de vacío y eso provoca un problema físico: la angustia, la depresión. He ahí uno de nuestros más graves problemas actuales. Para enfrentar esa depresión y superarla no hay que luchar contra ella con ansiolíticos, antidepressivos ni drogas mágicas, sino hay que asumirla como parte de este mundo, y así poder salir de ella. En realidad, debemos apuntar a algo

muy sencillo: vivir en forma plena. Una de las cosas que más pueden ayudarnos es saber que somos seres únicos, libres, y que cada quien puede hacer de sí lo que quiera: un querubín, un ángel o un demonio con tridente, pero aquí en la Tierra, donde todos somos seres únicos, lo primordial es darnos cuenta de nuestra unicidad, para luego salir al encuentro con el Otro.

Yo tuve la ventaja —o desventaja, según se quiera ver— de que estudié en una escuela de jesuitas. Sin lugar a dudas, han sido algunos de los mejores educadores que ha habido en el mundo, por más que, sin remedio, intentaran inducirnos hacia la fe católica e, incluso, cuando descubrían en el alumno cierta supuesta vocación, hacia el seminario.

Recuerdo cuando, poco antes de salir del segundo año de preparatoria, uno de los sacerdotes —quien por cierto impartía una espléndida clase de literatura española—, me preguntó si, en fin, no había yo pensado que a lo mejor, dada mi sensibilidad y mi fe, mi camino era por el rumbo del sacerdocio. Una ola de saliva amarga me subió a la boca. Aún no entiendo bien a bien por qué me sentí tan agredido. ¿Quizá porque se adentraba de golpe y porrazo, sin ningún derecho, en un terreno que aún era para mí tan íntimo y conflictivo?

El caso es que no encontré mejor respuesta que decirle el problema para mí era..., en fin, en estos últimos meses, había perdido la fe. La había perdido del todo, así, de golpe. Entonces fue él quien se desconcertó y preguntó:

—¿Así de golpe, nomás?

—Sí, así de golpe —le dije—. Una noche empecé a rezar mis oraciones, pero tuve que detenerme porque supe que ya no tenía fe.

No volvió a tocar el tema, se portó siempre muy respetuoso, y lo único que hizo a partir de entonces fue insistir en que cuando yo quisiera..., si así lo deseaba, podíamos platicar.

Nunca lo hice —las pláticas sobre mis dudas teológicas con los jesuitas las había “superado” desde que leía, ávidamente, a autores como Jean-Paul Sartre y Albert Camus—, y lo que en verdad me afectó es que, para ser coherente con mi tajante declaración sobre la pérdida de la fe, dejé de comulgar.

Sin embargo, al alejarme de la Iglesia la experiencia religiosa adquirió un carácter muy distinto, sin remedio. Por eso digo que el gran reto de los católicos actuales es convertirnos al cristianismo.

André Malraux —que no era creyente, por cierto— vaticinó que el siglo XXI será religioso o no será. Esta sociedad posmoderna, supertecnologizada, que parece haber superado cualquier preocupación metafísica, en realidad se siente más desamparada y angustiada que nunca. Mientras en los países desa-

rrrollados las iglesias se encuentran cada vez más vacías, y los europeos y norteamericanos se refugian en sectas exóticas a la moda cuando no encuentran respuestas en el dinero y el progreso material, en los países del Tercer Mundo, las masas se aglutinan cada año en basílicas y santuarios para refrendar su fe, mediante prácticas que muchas veces entran en contradicción con los preceptos de la propia jerarquía, en un eclecticismo vivo y popular, que les permite encontrar sentido a sus necesidades religiosas y espirituales.

En el caso de México, la relación entre la institución católica y sus feligreses, y de éstos con el poder político, por lo menos desde el siglo XIX hasta nuestros días, ha sido compleja y llena de claroscuros.

Hace ya algunos años, al presentar los primeros volúmenes publicados por Editorial Jus de la colección de “Clásicos Cristianos” —de cuyo consejo editorial formamos parte ambos—, Gabriel Zaid señaló, al abundar sobre las visiones históricas de liberales y conservadores:

Desgraciadamente, liberales y conservadores prefirieron matarse que escucharse. El resultado fue una calamidad, cuyas secuelas no han desaparecido. La convivencia política no pudo organizarse en un régimen plural. Los conservadores no sólo fueron derrotados por las armas: el Partido Conservador desapareció y el pensamiento conservador fue (supuestamente) exterminado. Supuestamente, porque no era posible matar a todos los conservadores, ni exterminar todas sus ideas. Lo que sucedió, a partir de Porfirio Díaz, fue que la única manera decente de que las ideas conservadoras fueran aceptables consistió en declararlas progresistas. La mentira oficial fue (y sigue siendo) la “solución” para la unidad nacional. En vez de que liberales y conservadores debatieran, se sometieran al voto y alternaran en el poder (la unidad plural, en vez de monocrática), el poder quedó a cargo exclusivo de los liberales (después revolucionarios y tecnócratas), aunque sus programas incorporaran de hecho ideas y personas conservadoras. El proyecto conservador de Lucas Alamán (autocracia y desarrollismo) se volvió el programa progresista de los liberales y científicos en el poder hasta 1910, de los revolucionarios y tecnócratas en el poder hasta hoy.

En su ensayo sobre la “Muerte y resurrección de la cultura católica”, publicado originalmente en 1992 y que sirve como introducción a su libro *Tres poetas católicos* (Océano, 1997), Gabriel Zaid nos ofrece un veloz recorrido por la historia de la cultura católica en México. Se trata apenas de un vistazo, casi a vuelapluma, pero que resulta sumamente ilustrativo sobre la importancia que

ha tenido la acción de los católicos en la historia de nuestro país, desde la llegada de los españoles hasta nuestros días, no sólo en el aspecto social y político, sino sobre todo en el cultural. Este legado no ha sido lo suficientemente estudiado y analizado en su justa medida y ha sido precisamente Zaid uno de los más entusiastas divulgadores de lo que podríamos llamar la cultura católica.

Es frecuente que se nos olvide que durante más de tres siglos la cultura en nuestro país estuvo dominada por el pensamiento y las instituciones católicas. No podía ser de otra forma. Los misioneros y sacerdotes vinieron a convertir a los indígenas y a integrarlos a la verdadera religión. Se trataba no sólo de conquistar la tierra sino también las almas. Hábilmente, pero también a un gran costo de vidas y de sangre, se logró la integración social a través de la religión. La Iglesia dominaba la vida de los habitantes, desde antes de su nacimiento hasta después de su muerte. Administraban no sólo los templos, sino también los hospitales, el registro de nacimientos y muertes, los cementerios, las escuelas, conventos y seminarios.

Por eso no nos extraña que la cumbre de la literatura novohispana esté representada por una monja. Nos siguen sorprendiendo las condiciones en que dio a luz sus obras, pero no que portara los hábitos. Nos maravilla que siendo mujer alcanzara entonces semejantes alturas, pero no que fuera religiosa. ¿Dónde más iba a encontrar la oportunidad para desarrollar sus talentos sino en la institución religiosa? Como lo señaló agudamente Octavio Paz en su monumental estudio sobre la monja jerónima, entre Sor Juana y su mundo había contradicciones insalvables: por ser intelectual y no sólo poeta; por ser mujer y no ser sumisa, y por aspirar al conocimiento y no a la iluminación.

Quizá por eso tampoco sorprendió a muchos que, más de un siglo después, fuera un viejo cura, ex rector de una universidad, quien iniciara el movimiento independentista llevando como estandarte a la Virgen de Guadalupe. O que otro sacerdote de origen humilde se convirtiera en el mejor estratega militar de los insurgentes y en el principal dolor de cabeza del ejército realista.

Una de las catástrofes culturales más grandes que ha padecido nuestro país ha sido la expulsión de los jesuitas en 1767. Con ello la estructura cultural de la sociedad colonial se quedaría sin alma, descabezada, a la deriva. Sin contrapesos, la jerarquía se volvió totalmente conservadora, cerrada, cómplice del poder establecido, nostálgica de un pasado que nunca más volvería.

Un siglo exacto después, Juárez le daría la puntilla: la Iglesia dejaría de existir legalmente y la cultura católica dejaría de ser la cultura dominante para convertirse en casi clandestina, o como dice Zaid, en una cultura de gueto.

A pesar de todo, con gran astucia, Porfirio Díaz no llevó la persecución jacobina hasta la exterminación de los católicos. Se limitó a aislarlos, a mantenerlos a raya para no provocar una rebelión armada. Curiosamente, fue la comunidad católica con preocupaciones políticas uno de los reductos más activos donde se gestaría el movimiento revolucionario de 1910.

Desde Juárez hasta la caída del PRI, todos los regímenes mexicanos fueron oficialmente jacobinos, con la excepción del de Francisco I. Madero. Y no es que Madero fuera un católico radical, ya que era espiritista. Era más bien, como lo ha llamado Enrique Krauze, “un místico de la libertad”: su idea era formar un frente amplio y democrático para derrotar a Díaz y por eso buscó y obtuvo el apoyo de los católicos agraviados por el régimen porfirista. En mayo de 1911, Madero saludó la formación del Partido Católico, consideró “modernas y democráticas” las ideas de esta agrupación y las incluyó en su programa de gobierno.

Desde luego, en las filas maderistas había jacobinos furibundos que no veían con buenos ojos el acercamiento con el Partido Católico. Sin embargo, no se trataba de los católicos gobiernistas coludidos con el poder sino de una nueva estirpe de católicos democráticos que coincidían en lo fundamental con los liberales antigobiernistas: tenían que participar en la construcción de un México nuevo donde estuviera desterrada la mentira y la simulación, sobre todo en lo que correspondía al ejercicio de sus derechos políticos y democráticos. En *Ulises criollo*, José Vasconcelos recuerda que entonces “sonaba la hora de la concordia y era menester que, como en todos los pueblos civilizados de la Tierra, en México también tuvieran los católicos reconocido el derecho que dimanaba de sus convicciones”.

¿De dónde salieron estos católicos tan modernos y democráticos? Como era de esperarse, sobre todo a partir de las Leyes de Reforma, proliferaron las publicaciones católicas, sobre todo las de periodismo doctrinal, y se crearon muchas escuelas católicas, toda vez que los bienes de la Iglesia habían expropiados. Todo esto sucedía bajo el influjo de las ideas del Papa León XIII, quien, de acuerdo con Zaid, “transformó la militancia defensiva en conquista del mundo moderno, bajo la consigna *nova et vetera*: unir lo nuevo con lo viejo. En vez de replegarse a llorar la situación perdida, animaba a recuperar la iniciativa y construir en la nueva situación. Era un verdadero líder: se preocupaba más por hallar qué bendecir que por hallar qué condenar”.

Sobre esta base y bajo el influjo de los partidos católicos de Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Inglaterra, entre otros países, los católicos más avanzados

pusieron manos a la obra. Uno de estos católicos de vanguardia fue Eduardo J. Correa, mentor y patrocinador de Ramón López Velarde, quien fundó *La Nación*, órgano oficial del Partido Católico Nacional, en 1912. Como era de esperarse, no todos los católicos eran de avanzada. Correa se quejaba amargamente de los católicos ricos, gobiernistas, timoratos e incultos, a los que tenía sin cuidado la cultura.

Además, dos de los diarios de mayor circulación en el país eran católicos: *El Tiempo* y *El País*, que daban la lucha a *El Imparcial*, periódico porfirista que inauguró la triste tradición de la prensa pagada por el poder. Desde luego, una vez que cayó don Porfirio, *El Imparcial* se volvió de oposición y acusó a *El País* de estar pagado por el gobierno.

Los católicos de avanzada apoyaron a Madero y una vez que llegó al poder le pasaron la cuenta, pero ya como presidente no pudo hacer gran cosa, por lo que muchos católicos se sintieron defraudados. Por si fuera poco, una vez caído el dictador y vencido el usurpador, los vaivenes de la lucha armada entre las facciones revolucionarias provocaron que llegara al poder el ala más jacobinista de todas: la sonoreense.

Tanto Carranza como Calles se encargaron de desaparecer del mapa cualquier vestigio de catolicismo militante en política, arrogándose como herederos de la Reforma juarista, estableciendo una línea directa de continuidad con la Revolución triunfante. Zaid explica que los revolucionarios se asustaron por el resurgimiento político de los católicos, ya que nadie lo esperaba después de tantos años de persecución.

Sin embargo, los revolucionarios perdieron de vista algo fundamental: metieron en el mismo costal a todos los católicos, sin distinguir a los gobiernistas, a aquellos que habían servido a los intereses porfiristas, de los católicos modernos y democráticos, que querían participar en la edificación de un México nuevo. Esta miopía política los llevó a los extremos de provocar el conflicto armado que conocemos como Guerra Cristera, y de borrar de la historia cualquier vestigio de participación católica en el movimiento revolucionario, si no era como cómplices del dictador.

Así, durante más de setenta años, la sociedad mexicana sufrió una grave esquizofrenia: en la vida pública no se podía hacer ni siquiera mención, ya no digamos exaltación de las creencias religiosas, pero “en lo oscurito” los detentadores del poder terrenal y del divino entraban en constante y vergonzoso contubernio. Esto afectó y sigue afectando la vida pública y la vida privada de los mexicanos, a pesar de que a partir del gobierno de Salinas de Gortari se

modificara el artículo 130 y sus leyes respectivas, que con limitaciones reconoce la existencia de las iglesias, no sólo la católica. Y esto también se refleja en el análisis y el estudio histórico de nuestra herencia cristiana. Apenas ahora se empiezan a retirar las tinieblas de la historia oficial y a ver con nuevos ojos todos los matices de nuestro devenir histórico.

Por lo que respecta a la relación entre la literatura y la Iglesia en México, durante los años del dominio priista, el problema se agudizó aún más. Durante mucho tiempo, el abordar una temática religiosa en alguna obra literaria era motivo de vituperio o, aun peor, de ninguneo. Si no era para denostar a la religión católica y a su iglesia como conservadora, retrógrada y vendepatrias, las obras no merecían ninguna consideración crítica. Si acaso, con benevolencia, al autor se le tachaba de “ingenuo” —que es aun peor que calificarlo como mal escritor— y se guardaba silencio. Si, de plano, la calidad de su obra era superior e irrefutable, los “deslices religiosos” se pasaban por alto o se tomaban como excentricidades, como bien lo destaca Zaid al analizar la raigambre religiosa de dos de nuestros más grandes poetas: Ramón López Velarde y Carlos Pellicer.

Escribió Zaid a propósito de la importancia de rescatar a los autores clásicos de la cultura católica:

Parecería natural que [...] la conciencia moderna volviera con otros ojos a los clásicos cristianos: para saber de dónde viene, para recuperar la memoria, las raíces de la cultura occidental y hasta elementos útiles en el desarrollo de nuevas expresiones creadoras ante las nuevas inquietudes. Los clásicos cristianos tienen mucho que responder ante las preguntas de hoy, pero la conversación no existe. Tanto las iglesias tradicionales como la cultura moderna vienen de la cultura cristiana, pero la modernidad no está muy consciente de sus orígenes cristianos y las iglesias no están muy conscientes de la importancia espiritual de la cultura. Y ahora, tanto la cultura como las iglesias se enfrentan al vacío de sentido que se extiende por el mundo globalizado.

Las diferencias que separaron a los cristianos orientales y occidentales, católicos y protestantes, conservadores y liberales, simpatizantes o contrarios al fascismo o el comunismo, las diferencias entre creyentes o no creyentes que se plantean el sentido de la vida, no han desaparecido (ni deben desaparecer, porque la indiferencia y el relativismo “posmodernos” son la negación del sentido), pero son hoy menores frente al vacío que avanza.

En mi caso, prefiero separar el acto de la escritura de mis creencias religiosas. La literatura vale por sí misma. Y si me veo forzado a definirme diría que me considero un escritor-creyente, no un creyente-escritor. Porque, además, dudo mucho de la literatura “de mensaje”, sea el que sea, y prefiero una literatura que está hecha más de preguntas que de respuestas.

Para mí la idea de la escritura no significa solamente una ruptura con lo razonable, lo cotidiano y lo lógico, sino que aparece de una forma que podríamos llamar intersticial, a fin de permitirnos vislumbrar la posibilidad latente de una “otredad”, de una “tercera frontera” —¿por qué no?— como aparece tan reveladoramente en algunos textos orientales.

Hay quienes viven satisfechos en una como dimensión binaria y prefieren pensar que la literatura no es más que un juego —un gran juego— con las palabras. Hay escritores que incluso sólo inventan temas fantásticos sin creer en modo alguno en ellos. En lo que a mí se refiere, lo que me ha sido dado inventar en este terreno siempre se ha realizado con una especie de nostalgia, la nostalgia de no ser capaz de abrir esas “puertas de la percepción”. Pero lo cierto es que la literatura ha cumplido y cumple una función catártica muy parecida a la de los sueños, en especial ciertos sueños que se nos adhieren por la mañana —y a veces todo el día— como un trozo de materia pegajosa.

A la par de las lecturas de autores con preocupaciones religiosas, pero que eran aceptados por la cultura oficial como “grandes escritores”, como Tolstoi o Dostoievski, poco a poco fui encontrando eco a mis preocupaciones metafísicas a través de la obra de autores como León Bloy, Georges Bernanos, Gilbert K. Chesterton y Graham Greene, que me acercaron e ilustraron de manera muy diversa acerca de la posibilidad de escribir sobre mis dudas e inquietudes de carácter religioso.

De León Bloy me emocionó su cristianismo militante, radical y a veces contradictorio. Criticó el ambiente católico de su época, llevó una vida muy sencilla, rayana en la miseria, despreciaba los valores burgueses y de la modernidad, y se mantuvo alejado de cofradías y partidos. Esto le llevó a ser despreciado, acusado de ingenuo y hasta de hipócrita, cuando en realidad en sus obras y sobre todo en sus diarios se reflejan las luchas y contradicciones por conciliar su vocación literaria con una genuina existencia cristiana.

Me permito citar dos entradas de sus diarios:

Afirmo categóricamente que el mundo católico moderno es un mundo réprobo, condenado, rechazado absolutamente, un mundo infame al que el Señor

Jesucristo ha ‘cenado’ de la manera más completa, un espejo de ignominia donde él no puede mirarse sin sentir ‘miedo’, como en Getsemaní (1/11/1903). El mal de este mundo no se percibe suficientemente sino cuando se lo exagera. En lo Absoluto no hay exageraciones; y tampoco en el Arte, que es la búsqueda del Absoluto. El artista que no considera más que al objeto mismo, no lo ve. Y lo mismo le ocurre al moralista, al filósofo y hasta al historiador. Quizás a este último especialmente. Para decir algo de valor, tanto como para dar la impresión de la Belleza, es indispensable la exageración aparente, o sea, llevar la vista más allá del objeto; así se llega a la misma exactitud, sin exageración real ninguna, lo que puede ser demostrado por los Profetas, todos ellos acusados de exageración. (11/9/1912)

De Georges Bernanos, me impresionó su *Diario de un cura rural* (1951), donde el tema de la fe, de Dios y su relación con los hombres, está tratado de una manera admirable. Para Bernanos el mal no era una abstracción. Sus novelas se distinguen por la presencia de esa enorme sombra, la del mal, la del enemigo, esa fuerza tenebrosa y difusa que tienta a todos los hombres. Para Bernanos, el mundo es caótico y horrible en cuanto falta la gracia. Y en sus obras se lanza bruscamente contra quienes aceptan esa ausencia y el mal derivado de ella.

En la novela, un joven párroco de origen humilde de la aldea de Ambri-court, enfermo de cáncer, narra sus desventuras como pastor de una parroquia que “es devorada por el tedio”. Al mismo tiempo que narra, avanza la enfermedad, y el cura descubre un motivo más de sufrimiento: su debilidad de carácter y la inexperiencia que hacen que sus parroquianos no lo tomen muy en serio. Así, el protagonista vive en una constante lucha por conservarse fiel a su ministerio, más allá de sus conflictos y de la dramática experiencia del silencio de Dios. El cura tiene un fuerte sentimiento de que Dios está ausente en su vida, de que lo ha abandonado, lo que lo lleva, inevitablemente, a dudar de su fe:

¡No, no perdí la fe! Esta expresión, ‘perder la fe’, como se pierde una cartera, o un llavero, siempre me ha parecido un poco estúpida... la fe no se pierde: cesa de informar la vida. Eso es... No perdí la fe. La crueldad de la prueba... pudieron, sí, desordenar mi razón, mis nervios, secar súbitamente en mí —para siempre, ¿quién sabe?— el espíritu de oración... pero mi fe sigue intacta, lo siento.

De Gilbert K. Chesterton —cuyos cuentos protagonizados por el padre Brown son quizá los mejores cuentos policíacos que se hayan escrito—, me llamó la atención, además de su inagotable carácter polemista en libros como *Ortodoxia*, la claridad y la alegría con la que arropó su conversión al catolicismo. Defendía a capa y espada la necesidad de la Iglesia católica como institución que guiara a los fieles.

Disculpaba su conservadurismo en los siguientes términos: “Nosotros realmente no queremos una religión que tenga razón cuando nosotros tenemos razón. Lo que nosotros queremos es una religión que tenga razón cuando nosotros estamos equivocados”.

En su ensayo titulado “¿Por qué soy cristiano?”, Chesterton escribió:

La Iglesia Católica lleva una especie de mapa de la mente que se parece mucho a un mapa de un laberinto, pero que de hecho es una guía para el laberinto. Ha sido compilada por el conocimiento, que incluso considerándolo como conocimiento humano, no tiene ningún paralelo humano.

No hay ningún otro caso de una continua institución inteligente que haya estado pensando sobre pensar por dos mil años. Su experiencia naturalmente cubre casi todas las experiencias, y especialmente casi todos los errores. El resultado es un mapa en el que todos los callejones ciegos y malos caminos están claramente marcados, todos los caminos que han demostrado no valer la pena por la mejor de las evidencias; la evidencia de aquellos que los han recorrido.

En este mapa de la mente los errores son marcados como excepciones. La mayor parte de él consiste en patios de recreos y felices lugares de caza, donde la mente puede tener tanta libertad como quiera; sin mencionar cualquier número de terrenos de batalla intelectuales donde la batalla esta indefinidamente abierta e indecisa. Pero definitivamente toma la responsabilidad de marcar ciertos caminos que llevan a ninguna parte, o que te llevan a la destrucción, a una muralla en blanco, o a un precipicio total.

Pero el escritor católico que tenido más influencia en México, no sólo por su cercanía sino por la calidad de su prosa, es sin duda Graham Greene, sobre todo por su novela *El poder y la gloria* (1940), que muchos consideran su obra maestra. Ubicada en el Tabasco de los años treinta, en pleno conflicto cristero, esta obra es una de las cuatro novelas católicas del autor, junto con *El fin de la aventura*. *El corazón del asunto* y *Un caso acabado*. De estas obras se ha dicho que constituyen una especie de “Hitchcock más Bernanos”, lo que

resulta algo simplificador, pero que sintetiza muy bien sus pasiones literarias: el mundo del suspenso y del terror policial, con intrigas, aventuras y persecuciones, todo ello enlazado al mundo sobrenatural del pecado y de la gracia, a través de una técnica cinematográfica al servicio de una mirada escrutadora del drama teológico de las fuerzas del bien y el mal, de Dios y el demonio en agónica lucha al interior del corazón humano.

El poder y la gloria destaca no sólo por el vigor de su prosa sino por la profundidad con que aborda el conflicto interno de los personajes y de las paradojas del bien y del mal en un mundo convulsionado. A pesar de haber sido publicada en 1940, no fue sino hasta 1953 que el cardenal Bernard Griffin escribió una carta condenando la novela por considerarla “paradójica” y le pidió a Greene que cambiara partes completas del texto. En su defensa, Evelyn Waugh calificó la carta de “tan cretina como injusta, una vil mal interpretación de un libro noble”. Greene no se rehusó directamente a hacer los cambios sino que argumentó que los derechos pertenecían a su editor. No pasó a mayores, pero años después, Greene conoció al papa Paulo VI, quien le dijo: “Señor Greene, algunos aspectos de sus libros seguramente resultan ofensivos para algunos católicos, pero no debería poner atención a eso”.

Leyendo a estos autores, muchos católicos que queríamos ser escritores aprendimos que era posible conjugar nuestras creencias con nuestras creaciones, que era válido reconocer nuestra fe sin que constituyera un prejuicio para demeritar su calidad literaria. Sin embargo, durante años, la lucha no fue fácil.

Uno de los escritores que ha tratado de integrar su fe, sus preocupaciones teológicas y su pasión literaria es Vicente Leñero. Su primera, laureada novela, *Los albañiles* (1961) es una alegoría apenas velada, en clave de novela policiaca, de la crucifixión, donde un velador, don Jesús, aparece muerto en el edificio en construcción donde trabaja.

Enojado por el hecho de que la Iglesia eclesiástica haya sepultado el mundo religioso, pero al mismo tiempo entusiasmado por el Concilio Vaticano II y la apertura que generaron el pensamiento marxista y la teología de la liberación, Leñero llevó a escena su primera obra teatral, *Pueblo rechazado*, sobre la experiencia del monasterio benedictino de Gregorio Lemercier, y luego *El juicio*, sobre el proceso a José de León Toral, el asesino de Obregón.

Más adelante, Leñero se atrevería aún más: a realizar una reescritura de las Escrituras: en *El evangelio de Lucas Gabilán* (1979) hizo que Jesucristo naciera en la ciudad de México, se dedicara a pepenar lo mismo basura que almas, y

que su calvario fuera igual al de todos los mexicanos. Luego, Leñero haría la versión teatral con *Jesucristo Gómez*.

Otro autor, poeta, narrador y ensayista es Javier Sicilia. Dueño de una voz poética de maduro registro, fue distinguido con el Premio de Poesía Aguascalientes 2009 —el más prestigiado de nuestro país— por el libro *Tríptico del desierto* (2009), que integra sus preocupaciones e inquietudes místicas, que también ha plasmado en la narrativa, con libros como *El Bautista* (Premio José Fuentes Mares 1993), *El reflejo de lo oscuro*, *A través del silencio* y, recientemente, *La confesión: el diario de Esteban Martorus*. Además, durante quince años, de 1994 a 2007, fue director de la revista *Ixtus*, con la que impulsó el diálogo desde la fe con la modernidad. Ahora es director de una nueva revista con el mismo pero renovado afán: *Conspiratio*.

Este premio otorgado a Sicilia podría ser considerado, de hecho, como un reconocimiento, aunque algo tardío, precisamente a la vertiente mística, católica de nuestras letras.

En una entrevista reciente, Sicilia resaltó:

El objetivo de toda poesía es profundamente espiritual, no sólo con elementos bíblicos, sino con elementos religiosos y espirituales, y creo que toda verdadera poesía los tiene; es, valga la redundancia, espiritual. Creo, como lo sostenía Tarkovsky, el cineasta, que la misión de todo arte es elevar la conciencia espiritual de los hombres. Si se logra, entonces la poesía adquiere también una función social. Si el hombre crece espiritualmente entonces la sociedad se mejora en sus relaciones económicas, productivas, políticas, culturales. El objetivo de la sociedad dejaría de ser mundano y se volvería trascendente. Una sociedad verdaderamente espiritualizada viviría de manera fraterna y pobre.

Reproduzco un fragmento de “El sobreviviente”, incluido en *Tríptico del desierto*:

Pero escucha la queja de lo Abierto,
el mensaje incesante, esa advertencia que viene desde lejos,
ese rumor tan suave que casi nadie escucha
y llega a ti de todas las iglesias,
como si en esas piedras, que guardan la memoria de los muertos,
habitara la llama de su estar con nosotros,
de su sola presencia en la resurrección

y recorriera un poco nuestras sombras.
Porque es difícil vivir en un mundo sin ellos,
difícil no sentir a nuestros muertos alimentando las obras de los hombres;
difícil no seguir sus costumbres, que apenas conocimos;
difícil habitar en las sombras
como un alucinado que repentinamente recobra la memoria
para luego volver a su intemperie;
difícil ver aquello que los hacía nuestros flotar en el espacio y diluirse.
Estar vivo es penoso,
y nosotros, nosotros, que los necesitamos con sus graves secretos,
nosotros, que sabemos que no podrán volver a un mundo interpretado,
a veces escuchamos, como un ligero viento, ascender de las sombras
la música primera
que forzando la nada trajo a Eurídice al mundo;
una nota tan tenue, tan pura como el Cirio
que promete su vuelta en medio de las sobras
y nos trae el consuelo.

Quiero finalizar con esta reflexión: Toda obra literaria esconde materiales que delatan los fondos más secretos de la personalidad de su autor. A este desenmascaramiento del creador en el acto de inventar debe la mejor literatura su perennidad, porque los demonios inconscientes que acosan a los seres humanos —y muy especialmente a los artistas— suelen ser más perdurables e interesantes que los accidentes triviales y racionales de su vida cotidiana.

Por eso, toda verdadera obra literaria pretende hechizar al lector más que convencerlo de algo, de cualquier cosa, de una idea, de un dogma: porque en realidad lo que quiere es enajenarlo —robarle su identidad por un momento—, abstraerlo del mundo real y sumirlo en el sueño y la ilusión. El escritor llega a la inteligencia del lector sólo después de haberle inoculado la vitalidad artificial de su universo imaginario y haberlo hecho vivir en el paréntesis mágico de la literatura. En esos intersticios también se manifiesta lo sagrado y lo trascendente.

CARTILLA SOCIAL

6

BREVE INSTRUCCION

SOBRE LOS

DERECHOS Y OBLIGACIONES

del hombre

en la

SOCIEDAD CIVIL.

PUBLICADA

Para el uso de la juventud mexicana

JOSÉ GÓMEZ DE LA CORTINA.



Segunda edición.

El Imperio mex Erro y sus aódimenro establecido, es
vry el en donde los ciudadanos se enojos y rallo conatos.
Muparado. Dic. vol. 7o. Lib. 2. cap. 6.

**BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.**

MEXICO.

Impreso por Ignacio Cumpido, calle de los Rebeldes N. 2.

1836.